



# LOS CENTE- NARIOS

LORE  
SEGAL

T



*Los centenarios*

**LORE SEGAL**

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR

EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS



Título original:

*Half the Kingdom*, publicado por primera vez en Estados Unidos

por Melville House en 2013

© Lore Segal

De la traducción:

© Julia Osuna Aguilar

En la página 151 y 160 se parafrasean y se citan las palabras

de Rosalinda en *Como gustéis*, en la traducción del Instituto

Shakespeare, Madrid, Cátedra, 1984.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Ilustración de cubierta:

Pep Montserrat

Maquetación:

David Anglès

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-16354-37-5

La editorial agradece todos los comentarios y  
observaciones: [turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

*Beatrice Jacob Jean David*

«Y si todavía no han muerto, seguirán con vida».

LOS HERMANOS GRIMM

# Índice

El repertorio

Las urgencias

La cafetería

La séptima planta

La reunión

# El repertorio

## JOE BERNSTINE

Los médicos, las enfermeras y los pacientes de la unidad de urgencias, un territorio tan sobrepoblado como sobreiluminado, se giraron hacia el vocerío. Era la mujer viejísima, que se revolvía con una fuerza y una agilidad inverosímiles.

-¡Que no! -chillaba-. ¡Que a mí no me dice nadie que me tranquilice! ¡Yo estoy muy tranquila!

-Ya está, señora, ya está... -la arrullaba la cuidadora de ancianos mientras se atravesaba sobre la camilla para ayudar a la enfermera a detener el aleteo de las piernas de la nonagenaria.

-¿Qué has hecho con mis zapatos, Luba? ¡No está bonito quitarle la ropa a la gente! ¿Por qué tienes que esconderme la ropa?

-Ya ha estallado -le dijo la médico del *hiyab* al menudo paciente hecho un saco de huesos al que estaba tomándole el pulso-. Hoy ya es la tercera persona que se pone hecha una furia. Anstiss Adams es una habitual, igual que usted, ¿señor...?

-Bernstine, Joe Bernstine -apuntó el hombrecillo sonriente.

La doctora Haddad no tendría que haberle dicho:

-Nuestro compañero el doctor Stimson ha empezado a llevar un registro de todos los mayores de sesenta y dos que han perdido la chaveta.

Bernstine acentuó la sonrisa.

-Ah, ¿conque tienen una epidemia de alzheimer...?

-Gracias por su diagnóstico, señor Bernstine.

-¿Será una especie de alzheimer de imitación? -sugirió sonriente el hombre-. ¿O esas cosas no existen?

Si más tarde la doctora Haddad le confió este intercambio de pareceres al doctor Stimson, el jefe de urgencias, fue por la tentación de confesarse: nunca se debe hablar con un paciente de otros pacientes.

-Le pregunté a qué se dedicaba y me dijo: «Pronto estaré con mis Visiones del Fin del Mundo». La verdad es que no sabía si estaba de broma o también había perdido la chaveta.

-Ah, el pequeño Bernstine y su sonrisa perenne -comentó Stimson mirando al otro lado de la sala, donde justo acababa de llegar la mujer del paciente para llevárselo a casa-. Lleva todo el mes entrando y saliendo y tuve que decirle que su estado era irreversible. Yo creía que iba a preguntarme cuánto tiempo le quedaba de vida pero me sonrió y me dijo: «Seguirán cayendo árboles en medio de los bosques».

## BETHY

-¿Qué es lo que le pasa? -preguntó la hija de Joe Bernstine, Bethy, unas semanas después de la última visita de su padre a urgencias.

La mujer de Joe, Jenny, la miró con su típica mueca de angustia afectuosa desde el otro lado de la mesa del

desayuno. Su marido acababa de anunciar que había alquilado un local con dos habitaciones en la calle 57 Oeste.

-Me lo han traspasado unas modistas que han tenido que cerrar.

-Pero, cariño, ¿no habíamos quedado en que ibas a tomártelo con calma? -le preguntó su mujer.

Joe había dejado la dirección del Concordance Institute, un antiguo y respetadísimo gabinete estratégico de Connecticut, poco después del 11-S, por la misma época en que le diagnosticaron la enfermedad. El matrimonio había vuelto a Nueva York. Ahora, diez años después, queda para comer con un amigo de la empresa, el mismo que publicaba los informes del Concordance, y se sacan de la manga un proyecto: la historia definitiva, una enciclopedia, *Visiones del Fin del Mundo: El Repertorio*. La pregunta que Bethy le lanzó a su madre apenas difería de la que se habían planteado los propios doctores Haddad y Stimson en urgencias:

-¿Está chiflado o se lo hace? -preguntó Bethy, que era de esos hijos que nunca abandonan el tono de voz desagradable, por decir algo, cuando le hablan a unos padres que siguen respondiéndoles con una amabilidad incorruptible.

-Creía que podía ser un proyecto en el que te apetecería trabajar conmigo -contestó Joe.

Jenny contrajo la cara como pidiéndole perdón a Bethy: la madre era más guapa que la hija. Sus rasgos finos y salerosos habían envejecido bien. El blanco de su pelo hacía un contraste asombroso con el aceituna de su tez. Estando de vacaciones en Italia, había reconocido las facciones de su hija -la mandíbula más ancha de lo normal, la preponderancia del mentón, los carrillos caídos, esa boquita de disgusto- en el San Giuliano de Piero della Francesca. Por lo demás, qué crueldad y qué injusticia que el santo del fresco tuviera una belleza inenarrable mientras que la hija,

en cambio, la misma que la acompañaba cuando lo vio, la que tenía en ese momento delante, fuese una mujer tan poco agraciada. ¡Pobre Bethy! El diminutivo de su nombre de pila no respondía tanto a una descripción como a una especie de compensación.

-Yo no sé cómo puedes seguir viviendo... -le dijo Jenny a su marido.

-¿Seguir viviendo? -la interrumpió Joe.

-Con esa expectación constante...

-¿De qué? -le dio el pie una vez más el marido.

-Papá está esperando el Rapto -intervino la hija.

A Bethy la ponía negra el enganche de su padre con el pastor televisivo Harold Camping, cuyos sermones versaban sobre la inminencia del Día del Juicio y la hecatombe universal. En una ocasión llegó a apagarle el televisor, pero su padre había vuelto a encenderlo con la excusa de que:

-¡Espera, espera! ¡Que va a dar la fecha!

La fecha, tal y como había llegado, había pasado.

-Al pobre Harold le fallaron los cálculos espirituales - comentó Joe-, y encima va el muy desgraciado y tiene un infarto.

-¿De lo que se concluye...?

-Que si no es ahora, ya será.

-¡¿Pero el qué?! ¿Qué es lo que será?

-Y luego nos preguntamos por qué los judíos no se fueron de Europa mientras pudieron, ¡pero míranos a nosotros aquí en Manhattan...!

BENEDICT

La segunda persona a la que contrató Joe fue Benedict, el hijo de un viejo amigo, el difunto Bernie Friedgold. Benedict era de esos hombres que parecen los críos que fueron pero con elefantiasis y cara de contrariedad.

Y prefería hablar de «El Repertorio definitivo» entre comillas.

-Cuando éramos pequeños -le contó a Gretel, su compañera sentimental y de piso-, siempre pintábamos al tío Joe Bernstine como un monigote de palitos. Necesita la oficina esa para alumbrar sus ideas raras. Y para poner a trabajar a su hija Bethy, que es peor que un dolor.

-Ya, y también sabía que tú estabas sin trabajo -dijo Gretel, que trabajaba en el consulado de Austria.

Benedict no supo dar una respuesta inmediata.

-Lo único que me ha mandado hacer la primera semana es ordenar su biblioteca de literaturas de diluvios antiguos y todo lo que se haya escrito sobre meteoritos, apocalipsis y días del juicio final varios.

Joe Sonrisa Perenne entró en la sala del fondo, la que Bethy y Benedict compartían con el último fichaje, Al Lesser, niño prodigio de la informática salido de Harvard. La idea rara del día era la antiguerra biológica.

-Benedict, vamos a echar en falta a tu padre. -Bernard Friedgold había sido asesor del Concordance y una eminencia en epidemiología-. Proyecto Resfriado. Nos postulamos como expertos en manufactura, almacenaje, transporte y posicionamiento estratégico en los gabinetes de crisis de los dos bandos enfrentados en plena epidemia de constipado. ¡Sin sospechar nada, los dos ejércitos se quedarán sin pañuelos y querrán meterse en la cama, no en la guerra!

Bethy alzó la vista hacia los cielos del techo. Al y Benedict siguieron con los ojos clavados en Joe, que estaba más que acostumbrado a esa mirada en sus interlocutores: la de quien espera la gracia del chiste, pero hace un rato que la soltaron.

-Era solo una idea -les dijo sonriente y regresó a su oficina, aunque volvió para añadir-: Proyecto Botón Escacharrado. Contratemos a unos hackers para que trastoquen El Botón y falle cuando quieran detonar La Bomba.

-En el caso de que haya botón...

-No lo creo -admitió Joe-. Pues nada, confiemos en Murphy: «Si hay algo que tenga que detonar La Bomba, ese algo estará escacharrado».

-¡Pero papá!

Joe le tendió a Bethy un librito de bolsillo color rojo ígneo titulado *La guía sin tonterías del terrorismo*.

-¿Y se puede saber qué quieres que haga con esto? -preguntó la joven.

-Contacta con nuestros antiguos expertos del Concordance (luego te paso una lista) que tal vez quieran contribuir con artículos sobre tipos de atentados, armas, blancos, fuentes, objetivos...

-Para mí que Benedict cree que se te está yendo la pinza -comentó Bethy de camino a casa.

Su padre caviló un momento y dijo:

-No te digo yo que no tenga razón.

Joe Bernstine no esperaba que la irritable Bethy ni la cariñosa Jenny ni los jóvenes rebeldes de la oficina compartieran su fascinación por la catástrofe inminente. El sueño que redondeaba sus vidas mínimas no tenía fecha fija; no podían imaginar su propio fin, que es lo mismo que

decir que no creían en él. Joe se vanagloriaba de haber estado atento al avance de su enfermedad y estaba orgulloso de la raza humana por haber querido, desde tiempos inmemoriales, abrazar como él la idea de su propio fin. El logo en la puerta de la oficina de la calle 57, y en el membrete del papel de carta, era un ojo bien abierto.

Una mañana Joe los convocó a todos en su despacho, que daba a la calle 57. Señaló al otro lado de la ventana.

El gemido de la ambulancia que estaba atrapada en el tráfico del cruce con la Séptima Avenida debió de haber llegado subliminalmente a oídos de Benedict cuando estaba en la sala del fondo.

-Si la última vez me hubiera tocado ese tráfico -comentó Joe-, ¡a lo mejor ésa habría sido mi visión del fin del mundo!

-¡Papááá!

Benedict seguía mirando por la ventana.

-¿Sabéis lo que os digo? Que si yo fuera el del Toyota ese, pensaría que, si me apartaba para dejar paso a la ambulancia, me quedaría atrapado detrás del todoterreno blanco y, en cualquier caso, la ambulancia no iba a poder adelantar al autobús de línea, así que no me movería del sitio. Eso es lo que hace la gente.

-Sí, eso es lo que hace la gente -admitió Joe-. Pero ahora imagínate un atentado a plena luz del día en pleno centro. No conseguiría llegar ni un solo vehículo de urgencias. Los accesos este y oeste se colapsarían de gente que no sabría que se han cerrado los puentes.

El joven Al, que no se había criado con imágenes de películas de la segunda guerra mundial, intentó intercambiar una mirada con Benedict: ¡¿qué dice?!

Cuando los tres jóvenes regresaron a su sala, Al exclamó:

-¡Pero qué atentado a plena luz del día en el centro...!